

de los grandes pensadores especulativos, he aquí a dónde nos ha llevado el progreso del conocimiento y las ciencias que adelantan cuestionablemente: «Ninguno de los métodos que Popper (o Carnap, o Hempel, o Nagel) quiere aplicar para racionalizar la ciencia puede ser aplicado, y el único que puede aplicarse, la refutación, es de fuerza muy reducida. Lo que quedan son juicios estéticos, juicios de gusto y nuestros propios deseos subjetivos». Quien proclama esta jubilosa atrocidad no es un metafísico reaccionario, residuo del siglo XIII, ni un «renacuajo del negativismo», como diría Spiro Agnew, sino Paul K. Feyerabend, profesor en la norteamericana Berkeley y experto en epistemología y filosofía de la ciencia. En un polémico y necesario libro, que la editorial Ariel ha tenido el excelente acuerdo de traducir (1), ha decidido gritar «¡el Rey va desnudo!», al paso de la comitiva triunfal de los metodólogos. Lo que Feyerabend se propone escribir es, nada más ni nada menos, «una teoría anarquista del conocimiento». La llama anarquista porque, en lugar de buscar reglas universalmente válidas y rasgos estables que configuren el rostro de la Verdad, prefiere admitir como única regla el «todo vale» y preguntarse seriamente si eso de la Verdad merece ser sabido.

Feyerabend se niega a acatar la monolítica visión del universo que la epistemología parece dar por buena, limitando las veleidades transformadoras al campo de lo «humano»: «¿Por qué vamos a limitarnos a reconstruir la percepción que el hombre tiene de sus semejantes y de la sociedad? ¿Por qué hemos de estar interesados solamente en la reforma social y considerar nuevas imágenes de la sociedad? ¿Debe darse por supuesta la estructura de nuestro

mundo físico? (...). ¿No deberíamos intentar cambiar nuestra visión de este universo, saliendo del dominio de la física ortodoxa y considerando cosmologías más agradables?». Los hechos de experiencia que corroboran o invalidan las teorías están viciados por unas «interpretaciones naturales», de base fundamentalmente lingüística, que prefiguran lo que va a ser encontrado y lo someten a estricta censura. Frente al método inductivo, único «respetable» para la epistemología vigente, Feyerabend propone la «contrainducción», es decir, «la introducción, elaboración y propagación de hipótesis que sean inconsistentes o con teorías bien establecidas o con hechos bien establecidos». De este modo han luchado contra el pernicioso influjo de las inamovibles «interpretaciones naturales» los grandes científicos, como Galileo o Einstein, que nunca habrían elaborado sus revolucionarias teorías científicas si hubiesen respetado las reglas de los metodólogos. Es preciso admitir, por otro lado, que cualquier descubrimiento científico es, en gran medida, producto de irracionales y azarosos factores emocionales de la psicología del descubridor, por lo que una epistemología que se precie debería ser una especie de teoría del error, constituida por historias personales y hasta cotilleo, a fin de que cada cual pueda elegir lo que más cuadre con su forma de ser. «Pues nadie puede decir en términos abstractos, sin prestar atención a idiosincrasias de persona y circunstancia, qué es lo que precisamente condujo al progreso en el pasado y nadie puede decir qué intentos tendrán éxito en el futuro». Esta atención a la psicología del científico aproximada, en cierto modo, a Feyerabend junto a Bachelard, cuya obra, denigrada como «poética» por la metodología positivista, se revela mucho más sugestiva y vigorosa que la mayoría de las popperianas que corren por

ahí (2). Finalmente, es preciso abandonar el ilusorio sueño de poder decidir de una vez por todas qué teoría es racional y cuál no, dado que las más relevantes de éstas son incommensurables entre sí: no se puede comparar la astrología con la astronomía, ni excluir una en nombre de la otra. Hay que aceptar —y gozarse de ello— una pluralidad de racionalidades, en las que se avecinan Einstein y el Don Juan de Castañeda, Hegel, Popper y Cornelius Agrippa: elegiremos una u otra —o una y otra— en atención a motivaciones mucho más íntimas y más urgentes que la búsqueda de una inexistente Verdad Única.

La base filosófica que Feyerabend ha descubierto, con lógico alborozo, para sus doctrinas es el pensamiento de Stuart Mill y, fundamentalmente, el de Hegel. Más vale tarde que nunca, y aunque la visión que tiene de la doctrina hegeliana quizá no haga muy feliz a los hegelianos europeos, aceptámosla de buen grado en nombre del recién conquistado pluralismo. Los epistemólogos se parecen sospechosamente a la abuelita que corre a la puerta a despedir al niño que sale a la vida y le recuerda que lleve la bufanda y no se moje los pies en los charcos, pero Livingstone y Pizarro saben que salir de casa encierra peligros maravillosos, luego imprevisibles, y que la pobre abuelita está chocha y es una latosa, que por eso nunca llegará ni a la mercería de la esquina.

Recomiendo especial y encarecidamente este libro a los estudiantes de filosofía aburridos de escolásticas, que comienzan a sospechar que se les está colando otra por vía científica y progresista; tienen razón en su sospecha, y Feyerabend les dice por qué. ■ FERNANDO SÁVATER.

(2) Se ha publicado recientemente una excelente antología de Bachelard, preparada por Dominique Lecourt. «Epistemología», G. Bachelard, Ed. Anagrama, 1974.

Efemérides

Cierta rutina crítica venía adjudicando a Canarias una parcela determinada del quehacer literario: la poesía. Sólo la última generación de escritores, con ese fenómeno narrativo que tanto ha dado que hablar, ha ido arrumbando la vieja idea, e incluso nos había hecho olvidar nuestra poesía más o menos cercana. Hasta los escritores se habían sustraído, poseídos de cierta vergüenza literaria, a mostrar su obra poética. Verdad es, también, que la poesía de los últimos años en Canarias había sufrido una especie de colapso, de rotura inesperada, que todavía no ha sido explicado, al menos que yo sepa. Por los años sesenta se vivió una euforia poética, con antologías, publicaciones y exégesis, que parecía otorgaba al fenómeno una integridad, entidad y coherencia que, luego, con el paso de los años se ha ido perdiendo, olvidando, silenciando... ¿Ha podido influir la dispersión personal de aquellos escritores más o menos íntimamente relacionados? ¿Habrá influido quizá una especie de tácita renuncia a escribir por parte de algunos de ellos? ¿O quizá una cierta pereza y falta de convencimiento en la labor? ¿Impotencia? De todo puede haber un poco. Valdría la pena estudiar esta coyuntura con detenimiento y atención. Sea como fuere, este brote poético se ha silenciado, ha desaparecido, prácticamente, de la circulación. No desecho la posibilidad de las dificultades editoriales de las islas (ahora paliadas sólo en parte) y la labor familiar y artesana (de siempre) de las ediciones poéticas en Canarias.

En medio de un panorama así, Lázaro Santana (Las Palmas, 1940), uno de los poetas de esos años sesenta, ha publicado una selección de sus poemas escritos hasta el momento (1), selección que ha dispuesto el propio autor y que puede ser el suma y sigue de su labor, o el cierre de cuentas con una actividad que ya ha dejado (a lo que parece) de interesar a nuestros escritores insulares. La disyuntiva se nos plantea al finalizar su lectura, y quisiera dejar constancia de ello. Puede (¡ojalá!) que sea un acicate para las dormidas conciencias poéticas de Canarias.

La poesía de Lázaro Santana es quizá la labor más continuada y orgánica que podemos detectar entre los poetas de su generación; y, quizá, la que nos ofrece un esquema más rigurosamente mantenido, y en torno al cual ha ido ma-

(1) Lázaro Santana. «Efemérides». El Bardo. Barcelona, 1973. 114 páginas.

tizándose su labor. Es una poesía de contenido dramático en la que el «yo» se enfrenta a la imagen (espacio) y al recuerdo (tiempo), con una intención de análisis moral, apoyándose en una serie de experiencias sensoriales y existenciales que afectan a esa imagen y a esa memoria en un preciso transcurrir temporal individual, que, al mismo tiempo adquiere dimensión colectiva. Se trata de un discurso poético en el que se observa una intención de necesaria denuncia y prédica, sustentada sobre una palabra escueta, conceptuosa (incluso en la dislocación sintáctica de los hipérbatos), que trata de recuperar la pureza del conocimiento y de la experiencia, lo que le hace concluir las más de las veces con una máxima ejemplarizante, que sirve de nexo entre su intimismo vivencial y las posibilidades del mismo para trascender el ámbito individual.

Sobre este esquema, que a mí me parece válido para toda la poesía de Lázaro Santana, se han ido añadiendo una serie de aportaciones que no lo violentan o rompen, sino que lo refuerzan y adensan. Por ejemplo, su experiencia americana le permite la utilización de elementos de incomunicación y aislamiento, que ya operaban placenteramente en su poesía anterior.

